PARÍS

El salón de baile estaba a rebosar de parejas que se movían frenéticamente al compás de los nuevos ritmos que venían de América y volvían loca a la juventud parisina. Esa tarde era especial en la sala Foxtrot, abarrotada de veinteañeros deseosos de pasarlo bien con la música que interpretaba una orquesta recién llegada de Nueva York, que no paraba de tocar swing al mejor estilo de las orquestas de Glenn Miller, Count Basie o Benny Goodman.

Las parejas brincaban, giraban sobre sí mismas, se acercaban y alejaban sin soltarse de la mano. La música saltaba de las trompetas a los saxofones sobre una pista de baile llena de felicidad, sudor y perfume. Incluso los que se habían quedado en las mesas que rodeaban la pista no podían resistirse al movimiento de sus cabezas y sus pies mientras miraban, algunos con cierta envidia, cómo disfrutaban los demás dejando volar frenéticamente sus cuerpos. Otros, sin embargo, preferían observar en la distancia, incapaces de mover ni un pie al ritmo de cualquier música, aunque se lo pasaban igual de bien sumergidos en el frenesí que se vivía en el local, al margen de los problemas cotidianos de cada uno y la creciente preocupación por las noticias que se podían leer en los diarios sobre los movimientos de Alemania en Europa. Eran jóvenes, tenían ganas de beberse la vida a tragos, estaban en un salón de baile bajo el influjo de una maravillosa orquesta, con sus copas llenas de vino o Pernod y nada iba a impedir que se divirtieran.

El Foxtrot era un salón de baile ubicado en la calle Saint Honoré, cerca de la plaza de Vendôme. En los últimos años se había convertido en uno de los centros de reunión de la juventud parisina, al haber apostado por los ritmos modernos que llegaban del otro lado del Atlántico. Se trataba de un local grande, con una amplia pista de baile rodeada de mesas de mármol y una barra de madera al fondo, coronada por una gran estantería donde reposaban las bebidas. La decoración no había cambiado nada desde su apertura en los años 20 del charlestón. La única diferencia era la clientela, tan alocada como en aquellos años, pero más inhibida; en ese París tan próximo a la guerra contra Alemania no se vivía la euforia de veinte años atrás, cuando la vida se abría paso sin contemplaciones ni miramientos.

Bastien Cremon estaba sentado en una de las mesas cercanas a la pista. Él no bailaba nunca, se consideraba demasiado torpe para ello, pero disfrutaba viendo cómo los demás se dejaban llevar al ritmo de la música. ¡Y qué música! La de la Orquesta Madison, que le hacía mover el cuerpo sentado en la silla y golpear con fruición el suelo con su zapato. Fumaba y bebía vino sin quitar ojo a los bailarines. Si hubiera salido a bailar estaría disfrutando menos. Esa tarde había tenido que

rechazar a la guapa Madeleine y sus insinuaciones para que la sacara a bailar: ¡Como si ella necesitara que alguien lo hiciera! Una lástima, pero había quedado con una agente del servicio secreto británico y no quería parecer descortés con Madeleine, teniendo que dejarla en mitad de la pista cuando la rusa llegara. Otro día bailarían hasta que les dolieran los pies, porque realmente esa chica le gustaba y no pensaba dejar pasar la oportunidad de intimar un poco con ella, hasta donde la suerte lo acompañara.

A Tatiana Svenova no la conocía físicamente; sus jefes le habían dicho que en cuanto la viera la reconocería y eso lo tenía muy intrigado. ¿Cómo sería esa mujer para que la pudiera identificar al primer golpe de vista? ¿Llevaría algún distintivo que la hiciera reconocible? Le rondaba por la cabeza ese enigma, entre el barullo de juventud que llenaba de alegría el local y la música de la orquesta, que ahora tocaba Moonlight Serenade, haciendo que la pista se llenara de parejas que aprovechaban la ocasión para acercar sus cuerpos todo lo posible y fundirse con un deseo que no tardarían muchas horas en compartir a la luz de una vela.

Miraba de reojo a Madeleine, que bailaba con un joven alto, bien plantado y elegantemente vestido. «Al final me quedaré como un idiota, en un estación vacía, viendo cómo pasa el tren de ese bombón de mujer», pensaba. La orquesta paró y hubo un silencio expectante, que le produjo un cierto escalofrío cuando notó la mirada de ella cruzarse con la suya, como diciéndole: eres bobo, podías estar aquí. De Madeleine sabía muy poco, prácticamente nada. Sólo que vivía relativamente cerca del Barrio Latino y que trabajaba de secretaria en la Société Général.

Mientras las parejas se separaban, el sonido de una batería, con un ritmo casi étnico, llenó el local hasta que estallaron las trompetas y Sing, sing, sing, de Benny Goodman, elevó a los danzantes a una especie de paroxismo musical que hizo perderse entre la multitud a Madeleine. Entonces, la cortina de entrada a la sala se abrió y una mujer apareció como una diosa, delante de la luz que penetraba desde la puerta de la calle. Bastien Cremon supo al instante que se trataba de Tatiana Svenova y toda su atención quedó prendada de esa mujer, que se había convertido, como por arte de magia, en el objeto de deseo de todos los hombres que no tenían sus ojos ocupados en el interior de la pista de baile.

Estaba hechizado, como todos, pero él por un motivo que iba más allá de la atracción física que ejercía la Svenova. Casi, hasta le daba corte pensar que tenía que entablar conversación con ella concitando la envidia de todos los presentes masculinos. Tatiana Svenova se acercó a la barra, hizo un gesto al camarero, y este, con una habilidad asombrosa, preparó en pocos segundos un cóctel servido en copa

de boca ancha. Se trataba de un manhattan: whisky canadiense, vermut rojo y angostura, como le explicó más tarde, mientras se acercaba la copa a los labios.

Madeleine no perdía de vista a su frustrada pareja de baile. Bastien se había quedado hipnotizado con su cita y no sabía muy bien qué hacer, si acercarse a ella o esperar a que hiciera algún gesto que le señalara el camino hacia la barra. Se daba cuenta de que Madeleine, aunque seguía bailando, se había desentendido de su acompañante hacía rato, pendiente de cualquier movimiento que él hiciera. La situación le resultaba muy incómoda, porque se sentía vigilado por una y atraído por la otra. Sacó el paquete de Gitanes y encendió un cigarrillo para dar después un largo trago que vació su vaso de vino. Decidió esperar acontecimientos. No quería que Madeleine se enfadara con él, aunque tampoco alcanzaba a entender por qué, si ellos no eran más que unos simples conocidos del Foxtrot. Quizá estaba construyendo castillos en el aire que solo existían en su imaginación, por lo que le gustaba esa mujer de contoneo fácil en la pista de baile y conversación ágil y coqueta fuera de ella. Por otro lado, tampoco quería hacer que su cita se impacientara en exceso, a fin de cuentas, su presencia allí obedecía a un mandato que ambos tenían que cumplir. Pero podía haberse presentado más discreta, sin llamar tanto la atención.

Entonces se produjo un milagro: In the mood, de Glenn Miller, empezó a sonar y como si de un trueno se tratase, la locura se desató en la pista, a la vez que una nueva pareja secuestraba a Madeleine, justo en el momento en el que Tatiana Svenova lo miró con un gesto de reclamo.

Tatiana Svenova era una mujer camaleónica e imprevisible. Podía parecer una alumna aventajada de un colegio de monjas, si la ocasión lo requería, o un ciclón que incendiara pasiones allá por donde pasara. Entre una y otra había muchos registros, todos ellos perfectamente calculados por una personalidad sencilla en su vida cotidiana y compleja cuando interpretaba alguno de sus papeles, aunque pudiera parecer contradictorio. Nunca se irritaba por nada; más bien trataba de reflexionar sobre lo que sucedía en su entorno. Era una mujer dulce, pero a la vez calculadora, quizá porque la vida la había forjado así. En su mundo privado, jamás explotaba sus encantos, que destacaban por unos intensos ojos que a veces cautivaban y otras daban miedo.

Sus padres, cuando ella aún no había nacido, huyeron de su país, que empezaba a desangrarse por una feroz guerra civil que enfrentaba a los bolcheviques, recientes triunfadores de la Revolución de Octubre, contra los restos del ejército zarista. Su padre era un prestigioso médico en Moscú que no quiso participar de esa sangría entre rusos y fue capaz de vislumbrar la que se avecinaba. Mediante algunos

contactos, salieron de Rusia con su madre embarazada de ella camino de Londres, donde unas semanas después arribaron con el tiempo justo para que ella naciera el 1 de enero del año 1918.

Se había criado a caballo entre dos mundos: el eslavo y el anglosajón. Esta circunstancia le hizo forjar un carácter abierto a lo nuevo y firme en sus convicciones: detestaba el régimen soviético y todavía no había encontrado una palabra para calificar el nazismo alemán. Siendo bien jovencita, sus padres la mandaron a estudiar a la universidad de Columbia en Nueva York, matriculándose, no sin algún esfuerzo por su condición de mujer, en el Departamento de Antropología, donde rápidamente empezó a destacar tanto por su inteligencia, muy por encima de la de sus compañeros, como por sus ataques a la pureza racial que los nazis estaban imponiendo en Alemania. Por eso, cuando los servicios de inteligencia británicos se pusieron en contacto con ella para trabajar en Europa recabando información de los nazis, no pudo resistirse y, sin darse cuenta, se había convertido en espía de la Corona.

Cuando Tatiana entró en el Foxtrot llevaba un año en París, oficialmente terminando sus estudios en la Sorbona; extraoficialmente, recabando información de los movimientos pronazis que pudiera haber en el mundo académico parisiense. Mandaba informes regularmente al Servicio de Inteligencia Militar británico y todo iba como la seda, hasta que un viejo amigo de su padre la citó en un restaurante de París y su placida vida de confidente dio un giro de 180°.

El restaurante Le Grand Véfour estaba situado en la plaza del Palais Royal bajo los soportales. Tatiana había oído hablar de él por su grandeza histórica: era el restaurante más antiguo de París, y por sus salones, que evocaban un tiempo que marcó la historia de Francia y Europa desde su inauguración en 1784, como Café de Chartres, habían pasado los más ilustres personajes. Ingenuamente creía que Samuel, de paso en la ciudad camino de la embajada británica en España, la invitaba a comer simplemente por verla; lo conocía desde que era una niña. Samuel y su padre eran grandes amigos. Ella siempre los había visto en su casa compartiendo largas tardes de conversación al calor de la chimenea, con una botella de whisky y demostración de afectos fraternales, que habían hecho que Tatiana se convirtiera casi en una ahijada para Samuel. Él fue quien convenció a su padre y a su madre para que fuese a estudiar a Estados Unidos, la nación que Samuel consideraba como la gran potencia mundial, a pesar de su patriotismo británico, y un referente de la libertad y la democracia. “En América encontrará un mundo nuevo donde se

expanden las ideas que acabarán escribiendo el futuro de este viejo continente, amenazado por totalitarismo". Esas palabras las tenía grabadas a fuego en su memoria, porque fueron las que consiguieron que su padre borrara todas las dudas que tenía de mandar a su hijita del alma a estudiar lejos de la protección familiar. Tatiana las había escuchado escondida detrás del gran piano que había en el salón de su casa, en el que su madre seguía practicando a diario, para no perder una de las pocas cosas inmateriales que se había traído de Rusia tras su huida.

Acudió al restaurante con una blusa de rayas horizontales, un pañuelo negro alrededor del cuello y una falda de paletones que le elevaba el talle, muy a la moda juvenil parisina. Se había acicalado algo, porque sabía que Samuel era un hombre elegante, pero cuando entró en el restaurante se sintió fuera de lugar bajo aquella decoración neoclásica de grandes espejos y molduras doradas que enmarcaban dibujos de señoras mitológicas sosteniendo sobre sus cabezas imponentes búcaros decorativos, bajo los techos pintados de motivos florales que le hacían sentirse pequeña.

Sin embargo, el encuentro con Samuel fue muy cálido y agradable. A su lado se sentía como en casa. La comida fue deliciosa: no faltó un buen boeuf bourguignon, vino del Ródano y un plato solemne de quesos. Fue entonces, en el turno de los postres, cuando Samuel se puso serio, depositó la servilleta sobra la mesa y la miró fijamente a los ojos.

—Ha sido una delicia comer contigo después de tanto tiempo sin vernos. Ya estás hecha una mujer. Tengo conocimiento de los informes, muy bien elaborados, que mandas regularmente a Londres.

Tatiana puso cara de sorpresa y su cuerpo se tensó, como poniéndose alerta. «¿Por qué sabe Samuel de mis andanzas en París? ¿Lo sabrá también mi padre?», se preguntó.

—Tranquila –trató de calmarla Samuel Hoare al ver su cara de perplejidad—. Como sabes, soy diplomático, pero trabajo también para el Servicio de Inteligencia y estoy informado de todo lo que has estado haciendo estos meses. Ya ves, las vueltas que da la vida, los dos espiando para nuestro país, después de haberte visto crecer durante tantos años.

—Pero...

—Si te preocupa tu padre, no sabe nada. Los espías llevamos nuestra gloria y nuestro fracaso en secreto.

Tatiana se quedó con la mirada perdida en el vacío. Todavía no era capaz de asimilar la situación. Hasta que de repente soltó una carcajada muy disimulada, para no llamar la atención. En el fondo le daba risa todo aquello, pero también sentía miedo ante lo que estaba a punto de decirle Samuel.

—Me preocupa mi padre, me preocupa mi madre y me preocupas tú. —Tatiana, que se relamía todavía con una exquisita crème brûlée que había sido la guinda de la comida, encendió un cigarrillo mirando fijamente a los ojos de Samuel.

—No entiendo por qué te preocupo yo —dijo Samuel, sacando de una purera de piel un cigarro King Edward, que cuando lo encendió aromatizó el salón del restaurante con un suave olor a vainilla—. Ya llevo muchos años en esto. Además, gozo de inmunidad diplomática y me incorporo como embajador en España.

—Es fácil. Algo te ronda la cabeza, y no sé por qué tengo la sensación de que no me va a gustar.

Samuel hizo una señal al camarero y cuando este se acercó le pidió un Macallan, mientras trataba de reconducir la conversación hacia el asunto que le había motivado a invitarla a comer.

—Te voy a hacer una pregunta. Si me contestas afirmativamente te daré más detalles, si no, habrá sido un gran placer, ya lo sabes, haber comido contigo.

Tatiana hizo un movimiento hacia adelante, que delataba que estaba poniéndose a la defensiva, aunque ella trató de disimularlo.

—¿Estarías dispuesta, por tu país, a realizar una importante operación en España? —soltó a bocajarro Samuel Hoare, dejándola paralizada, al menos corporalmente, porque su mente empezó a funcionar como un bólido de carreras. Sin saber nada más, la propuesta la excitaba; la verdad es que ya estaba un poco aburrida de tanta pose universitaria. Pero por otro lado, se trataba de elegir a ciegas un destino muy incierto, del que desconocía casi todo y no podía evaluar sus riesgos; unas pequeñas gotitas de sudor empezaron a perlar su frente. Ir a España, a uno de los centros del espionaje europeo prometía acción y su sangre juvenil se aceleraba. Por otro lado, los nazis estaban a las puertas de París y quizá sería bueno abandonarlo por una temporada. Además, el español era un idioma que no se le daba mal, desde que empezó a estudiarlo en Nueva York, y esta era una buena oportunidad para poder practicarlo.

Samuel no aparentaba tener prisa. Se deleitaba con su puro, dando unas profundas caladas que llenaban de humo el espacio que los separaba y eso la ponía

más nerviosa, porque le hacía recordar momentos de su adolescencia con su padre y él, fumando y charlando relajadamente en la biblioteca o en el salón de su casa en Londres.

—Me pides dar un salto al vacío sin red —dijo Tatiana. En ese momento, ya no era la muchacha que Samuel conocía, sino una mujer que realizaba labores de espionaje para su país y evaluaba los pros y los contras de una posible operación. Samuel se dio cuenta y supo que debía ofrecerle algo más de información.

—No se trata de un trabajo arriesgado ni violento. Simplemente queremos que nos pases información sobre los movimientos que se están produciendo en España a favor de los nazis. Es lo mismo que haces en París, pero ahora en Madrid. —Dejó que se tomara unos instantes para decidirse.

—De acuerdo —dijo al fin Tatiana— acepto el encargo. Y ahora ¿me vas a contar de qué se trata?

Aunque sus días felices de estudiante no se habían terminado, por el momento, el encargo de Samuel Hoare cancelaba la confección de sus informes y la sometía al estrés de la preparación de una misión no exenta de riesgos, a pesar de lo que el amigo de su padre le había dicho. Su vida cambiaba repentinamente por algo que, hasta entonces, no había entrado en sus planes.

Deliberadamente, había optado por un estilo de mujer segura y arrebatadora, al modo de Greta Garbo, cuando se preparaba para encontrarse con el que sería su compañero de operación, alguien al que no conocía, y eso le producía un cierto vértigo. Aún a riesgo de llamar mucho la atención le excitaba meterse en el papel de una espía glamourosa, rompecorazones de hombres que no le llegaban a la suela del zapato. Estaba un poco harta de ser la chica de jerséis de cuello alto y vestidos de falda plisada.

Bastien Cremon, en la distancia, no le pareció un hombre guapo. Era un feo atractivo, con un cuerpo bien moldeado y vestido apropiadamente para ir a pasar la tarde a un salón de baile. Sin embargo, de cerca tenía algo que la atrajo. No acertaba a saber qué era: si su manera de andar, los gestos corporales o su exquisito francés, que modulaba a la perfección palabra por palabra, o su perfume, que desprendía aromas de vainilla, almizcle y un tenue toque frutal mezclado con olor a tabaco. Quizá fuera todo y una enorme confusión hizo que su pecho se agitara, algo que no era habitual que le ocurriera con un hombre.

—¿Es nueva en la ciudad? —preguntó Bastien al acercarse a la barra a una Tatiana Svenova que parecía estar en trance, como si sus pensamientos estuvieran explorando otros lugares—. Perdone, pero se ha quedado usted un poco ensimismada —dijo algo contrariado, tratando de captar su atención.

—Le ruego que me disculpe. Estaba tratando de recordar su cara—mintió.

—A lo mejor nos hemos conocido en otro lugar y ahora no lo recordamos. —Le siguió el juego consciente de que le estaba mintiendo.

—Será una tontería o quizá lo he confundido con otra persona. —Tatiana trataba de salir del embrollo en el que se había metido.

—Volvamos a empezar —propuso él, que veía cómo ella se iba azorando poco a poco—. ¿Es nueva en la ciudad? —Volvió a repetir la contraseña.

—Sí. He llegado hace unas horas—contestó—. Mi nombre es Tatiana Svenova y me encuentro un poco perdida.

—No se preocupe. Bastien Cremon, a su servicio.

Hubo un impasse, unos segundos de silencio que fueron ocupados por el sonido trepidante de la música. Bastien aprovechó para buscar a Madeleine, pero no la encontró. Tenía una cuenta pendiente con ella y no le gustaría que se estropeara por su encuentro con Tatiana Svenova.

—Si le parece nos sentamos en una mesa un poco retirada para hablar más cómodamente —propuso él.

—No. Mejor vamos a aquella —Tatiana señaló con el dedo una mesa que estaba en el centro de todo el bullicio del salón—. Como mejor se pasa desapercibido es estando a la vista de todo el mundo.

Le agradó su determinación: firme pero suave. Iba a ser su compañera durante los próximos meses y le gustaba que tuviera las ideas claras y las expresara con seguridad. Esto hizo que se interesara un poco más por ella: saber qué se escondía bajo ese disfraz de mujer fatal, de las que atraían a los hombres como un imán. Él, que tenía un sexto sentido para reconocer a las personas, se había dado cuenta de que Tatiana no era como aparentaba ser en ese momento y que podría parecer cualquier cosa si se lo propusiera. Pidió dos copas más de lo mismo que tomaba ella y se sentaron, mientras, otra vez las parejas arrimaban sus cuerpos, cada vez más candentes, casi al margen de la música de la orquesta, que en ese momento tocaba

East of the Sun, cantada por un miembro de aquella, que imitaba la voz de un jovencísimo Frank Sinatra.

—Vayamos al grano —dijo Bastien— antes de que nos interrumpan. Aquí conozco bastante gente y alguien no tardará en venir a importunarnos.

—No sé qué información tendrá sobre el asunto que nos ocupa —dijo Tatiana, mirándole fijamente a los ojos. Solía hacer esto con mucha intención, porque pensaba que a una persona se la conocía por la expresión de los ojos en cada momento. De lo que no era consciente era del efecto que producía en sus interlocutores su mirada de un azorante negro, intentando penetrar en el alma de sus víctimas.

—Que usted es la encargada de una importantísima operación de espionaje del gobierno británico en España, y que yo tengo que darle protección y asegurarme de que la misión se cumple. —Cremon era militar y, por tanto un hombre directo. Quería dejar las cosas claras desde el principio. Era cierto, que cuando le ordenaron la misión tuvo alguna reticencia por estar bajo las órdenes de una mujer, pero ahora, delante de ella, todos sus prejuicios se disolvieron como un azucarillo en el agua.

—Bien —dijo Tatiana mirando a un lado y a otro de la sala de baile— aunque me salte algo el protocolo, exactamente no sé muy bien qué tengo que hacer, salvo pasar informes parecidos a los que hago aquí en París, sobre afectos al Tercer Reich en España. Me imagino que no será tan simple y las órdenes irán llegando cuando tengan que hacerlo.

Bastien atendía con interés, aunque él ya sabía todo a cerca de la misión, pero no quería quitarle a Tatiana la seguridad del mando, esencial para que todo saliera bien. Se quedó pensativo un rato, mientras apuraba su manhattan. Él, además, tenía otra misión que cumplir, de la que ella no sabía absolutamente nada, con órdenes estrictas de no implicarla. Era una operación de alto riesgo que contaría con el apoyo de un enlace que conocería en España.

—Entiendo la importancia de la misión y le garantizo que mientras dependa de mí, su seguridad estará garantizada. —Le ofreció un Gitanes, que esta aceptó con una sonrisa en los labios.

—Los alemanes están cerca. Nos vemos en un par de días en Le Chat Noir para ultimar el día de la salida —dijo Tatiana, cada vez más satisfecha por contar con él en la operación.

—No se preocupe. Allí estaré con todo preparado para nuestra partida.

Justo en ese instante apareció Madeleine con una sonrisa un poco impostada en los labios. Bastien miró a su nueva compañera y esbozó una mueca de complicidad.

—Llevo un buen rato buscándote —dijo Madeleine mirando descaradamente a Tatiana.

—Te presento a Julie Cremon, una prima que hacía mucho tiempo que no veía —dijo Bastien con mucho aplomo, algo que gustó a la Svenova.

—Mucho gusto —dijo mientras extendía la mano hacia Madeleine—. Yo ya me iba. Ha sido un placer encontrarte, primo. —No pudo evitar sonreír por dentro cuando lo llamó así.

Madeleine, ocupó la silla de Tatiana y se quedó mirándole fijamente con cara de reproche y complicidad.

Una ligera brisa entraba por el ventanal de la buhardilla donde vivía Bastien Cremon. A pesar de estar a principios de junio, por las noches la temperatura bajaba y lo obligaba a dormir con una manta. No era una buhardilla pequeña y le permitía tener una cama amplia, un armario, una zona de aseo, una mesa donde reposaba una máquina de escribir y un pequeño fogón, que no utilizaba casi nunca. Era su mundo personal, el refugio que le había llovido del cielo tras varios años de intenso adiestramiento en las fuerzas especiales, primero, y en el servicio de inteligencia, después. Allí tenía la sensación de que nada podía pasarle, acomodado entre las cuatro paredes y con una ventana que cuando se asomaba le ofrecía una increíble vista de los tejados de París y Notre Dame, que se perdía en el rumor de la silueta de la Torre Eiffel.

Vivía en el Marais, cerca del Sena, en la calle Saint Paul. Un barrio antiguo y tranquilo, situado en la margen derecha del río, que le proporcionaba discreción. Era un agente durmiente a la espera de instrucciones, algo que le fastidiaba ya que París, en los últimos meses, se estaba convirtiendo en un hervidero de espías. Y Tatiana Svenova había venido a salvarlo del tedio de parecer un hombre que vivía de sus rentas. El Servicio Secreto le tenía organizada una existencia ficticia, sin que él pudiera poner objeción. Debía cumplir su papel de amante de la buena vida, sin problemas aparentes de dinero.

La identidad que le habían proporcionado no era del todo falsa. Verdaderamente su familia era francesa y su padre viticultor. Conservaba su nombre y apellidos

verdaderos y aparecía como el hijo de un terrateniente con viñedos en Aquitania. En realidad, cuando tenía tres años y la guerra estalló contra Alemania, su padre tuvo que marcharse a Inglaterra con toda la familia. Al cumplir la mayoría de edad, se nacionalizó británico, aunque sus raíces francesas y su perfecta dicción del idioma, nunca las perdió.

En ese momento nocturno, con el murmullo del río entrando desde abajo, sentía que su vida empezaba a acusar un cierto cansancio por la soledad en la que había vivido siempre desde niño, perdido en un mundo que era el suyo, pero que le resultaba ajeno, sobre todo porque su madre jamás renunció a sus raíces francesas y su casa era como una pequeña isla de Francia en Londres. Después, encontró su vocación en el ejército, y fue cuando consiguió la nacionalidad británica; no había otra manera de ingresar en la milicia. Aunque aquí tampoco se prodigó en amistades. Para sus compañeros seguía siendo un frog, una rana como despectivamente llamaban en Inglaterra a los franceses, lo que no facilitaba las relaciones con ellos, decidiendo concentrarse en su preparación militar, en la que destacaba por encima de los demás y que acabó con su ingreso en las Fuerzas Especiales. Después, cuando en Europa empezaron a sonar tambores de guerra, fue captado por el Servicio de Inteligencia Secreto, para que fuera a Francia recuperando su identidad francesa —nadie debía saber que era británico— y allí esperó durante un año, hasta que recibió órdenes y apareció Tatiana Svenova.

Esa noche su cabeza navegaba entre dos mujeres que habían irrumpido en su vida como dos tiros a bocajarro: la falsa exuberancia de Tatiana, que escondía detrás de unos hermosos ojos negros y una piel de porcelana otra mujer distinta a la que pretendía mostrar; tendría tiempo para descubrirlo. Y la belleza de Madeleine. Esta sí qué era un auténtico misterio para él. No sabía nada de ella: dónde vivía o cuál era su apellido, solo que era empleada de la Société Générale y le gustaba mucho bailar. La había conocido en el Foxtrot y ya está. Todo un misterio que le gustaría desvelar, pero el tiempo se le acababa y su partida de París podía levantar un inmenso muro entre ellos, y eso le angustiaba. Porque esa mujer y su alegría, realmente le gustaban, y si perderla suponía un sacrificio en aras del servicio, en su corazón quedaría una huella que iba a tardar mucho en borrarse.

Esas dos mujeres era en lo único en lo que quería pensar. Necesitaba despejar su mente de misiones, operaciones, espionajes que nunca llegaban y de su vida tediosa. Ya llegaría el momento de centrarse en otros asuntos. Pero ahora, en los días que le quedaban de despreocupación, quería aprovechar hasta el último sorbo, lo que le hizo levantarse de la cama, en la que le gustaba permanecer tumbado mientras reflexionaba sobre lo que se le ocurriera, encender un cigarrillo y servirse un

par de dedos de Glenfiddich, a la salud de una noche que prometía ser larga, hasta que conciliara el sueño.

Madeleine se tiraba de los pelos. Llevaba semanas intentando llamar su atención y esa tarde había estado a punto de conseguirlo. No le había quitado ojo en ningún momento. Incluso, cuando no la veía, la buscaba. De eso una mujer interesada por un hombre se da cuenta inmediatamente. Ella había jugado al escondite con él, bailando con unos y otros, excitando aún más su deseo. Hasta que apareció esa mujer, como si se hubiera escapado de un plató cinematográfico, y toda su estrategia se vino abajo. Bastien ya solo tuvo ojos para ella, a pesar de sus intentos a la desesperada de atraer su atención. ¡Dios, qué ridículo tan grande! Ya de nada sirvieron sus insinuaciones cuando la otra se fue. Él tenía la cabeza en otro sitio, y ella tenía que averiguar dónde.

¿Quién era la tal Julie Cremon? Algo le decía que ese nombre se lo había inventado sobre la marcha, aunque ella había actuado con toda naturalidad cuando se la presentó. Madeleine era una gran observadora de los comportamientos humanos y no se le solía escapar ningún detalle. Por eso sabía que le había mentido. Pero, ¿por qué? Intuía que algo estaba ocultando y tenía que averiguarlo. Ahora más que nunca debía intensificar su coqueteo con él. Era vital, si no quería perder la oportunidad de tenerlo y echar por tierra todo el trabajo y los bailes de los últimos meses. Su incipiente carrera en la inteligencia alemana podía terminar ahí.

A Bastien sólo lo veía en el Foxtrot. A pesar de que había intentado quedar con él en otro lugar, para tomar un café o pasear por las Tullerías, siempre se había resistido, y no entendía la razón, porque estaba segura de que ella le gustaba. A veces, pensaba que sospechaba algo y eso lo hacía mantener una actitud de cautela. Ella no le había dado motivos de nada. Al contrario, acudía casi a diario al Foxtrot y se reventaba los pies bailando, casi siempre con otros, porque él de bailar, poco o muy poco. Aunque había conseguido atraer su atención, tenía la sensación de estar metida en un bucle, dando vueltas sin cesar, siempre alrededor del mismo naufragio.

¿Cómo era posible que si ella le gustaba, se comportara así? En otras ocasiones, sus amantes no habían puesto ninguna resistencia para caer en sus brazos. Pero con Bastien era distinto. Además no se tragaba lo de que fuera rentista, aunque las averiguaciones que había hecho sobre su vida no lo desmentían. Pese a todo, había algo que no acababa de encajarle: su manera de comportarse no era tan refinada como correspondería a una persona culta que ha vivido siempre sin trabajar. Tampoco su empecinamiento en guardar una prudente distancia con ella; y ahora la

aparición de una supuesta prima descolgada de un attrezzo cinematográfico. Todo le resultaba muy extraño.

Estaba sentada en un banco de la plaza de Saint Sulpice, justo enfrente de su pequeño apartamento. Fumaba y pensaba entre escalofríos, por el relente de la noche que caía sobre ella sin compasión. De alguna casa le llegaba el rumor de unas voces que interpretaban Soave sia il vento de la ópera de Così fan tutte, que envolvían la monumental fuente de la plaza, y ella se dejaba transportar por la cadencia de la melodía hacia los rincones más escondidos de su memoria, cuando todavía era una niña con la cabeza llena de sueños.

Un hombre alto y espigado se sentó a su lado en el banco. Sin mirarse estuvieron hablando durante un tiempo, hasta que se levantó perdiéndose por la calle Bonaparte. Madeleine, tras un breve rato se incorporó con los ojos humedecidos de lágrimas y fue a dormir la rabia y la impotencia que sentía a su apartamento. No debía haber llegado tan lejos, pensó mientras subía las escaleras.

Tatiana Svenova se alojaba en el hotel London, próximo a la Ópera, en el bulevar de los Italianos, desde que aceptó el encargo de Samuel Hoare. El curso universitario estaba ya casi vencido y debía abandonar su residencia de estudiantes y, además, era importante preservar, discretamente, su seguridad, dada la importancia de su misión. El Servicio de Inteligencia Secreto vigilaba a distancia todo lo que hacía y dejaba de hacer; Samuel la conocía muy bien, y sabía lo celosa que era de su intimidad. Solo le dijo que era conveniente cambiarse al hotel a esperar instrucciones. Y así lo hizo.

Todavía llevaba el ritmo de la orquesta Madison en su cabeza cuando salió del Foxtrot y antes de irse a la habitación del hotel prefirió dar un rodeo por la calle Tívoli, hasta subir por la calle Royal y llegar a la iglesia de la Madeleine; no sabía por qué sus pasos la habían llevado hasta allí. Quizá porque le había resultado muy chocante la conducta de la amiga de Bastien, comportándose como alguien que trataba de disimular lo embarazoso que le resultaba verle hablando con una extraña, y necesitaba airearse un poco.

Se paró frente a la iglesia, un edificio que más bien parecía un templo griego por la columnata clásica que lo rodeaba y hacía de sostén de un gran frontón. Aunque la tarde ya estaba casi vencida y la noche se tumbaba holgazana por toda la ciudad, se encontraba abierta. Muchas iglesias en París, y en toda Francia, permanecían abiertas más de lo habitual para dar cobijo espiritual a quien lo necesitara y ofrecer la

posibilidad de rezar para que el ejército pudiera detener la inminente ocupación del territorio francés por el ejército alemán.

Tatiana se decidió a entrar. A ella la educaron en el cristianismo ortodoxo de sus padres, pero en sus años de juventud había perdido la fe y roto los lazos que la unían con una forma de ver el mundo ajena a su mirada. En ese momento necesitaba un poco de paz, para reconfortar su alma y tranquilizar su cabeza, que era un torbellino desde que Samuel le propuso la misión en España; y encima, el que iba a ser su compañero había tocado alguna tecla en su interior que la había puesto en alerta. Algo le decía que Bastien no iba a ser un simple guardaespaldas; que cumpliría un papel mucho más importante en la misión de lo que podía parecer.

Cuando entró, todos sus pensamientos quedaron suspendidos ante la magnificencia y belleza clásica de un templo que la dejó sin habla. Se sentó en un banco a observar la bóveda de cañón finamente decorada por un barroco no excesivo, jalonada de cúpulas que con la luz del día iluminarían de una forma especial el interior. Al final de la nave central y única, una gran escultura de María Magdalena presidía el altar y configuraba el ábside. Todo le pareció singularmente bello, encajando como un guante en su estado de ánimo. Pero lo que más le llamó la atención fue que los bancos estaban prácticamente llenos y un silencio mágico cortaba la respiración. Era evidente que entre la población parisina había mucha preocupación por los acontecimientos bélicos que se estaban produciendo en la frontera de su país.

Al cabo de un rato salió a la calle con un gran pesar en su corazón: quería volver a ver esa iglesia y no sabía si iba a poder hacerlo. Ya había anochecido y por los bulevares llegó hasta la plaza de la Ópera, en donde una concentración de jóvenes muy excitados pedía atacar Alemania antes de que ocupara el territorio francés. En pocos metros, se había encontrado con dos versiones distintas de la condición humana: la pasiva, que trataba de conjurar el miedo rezando e invocando a la divinidad para que los liberara del mal; y la activa, que apelaba al combate, aunque este fuera irreflexivo, para acabar con la amenaza que se cernía sobre sus cabezas.

Al llegar al hotel estaba cansada, más psíquica que físicamente. Había sido un día muy intenso y solo tenía ganas de quitarse la ropa, servirse un whisky y tumbarse en la cama. Cuando lo hizo, su cabeza no paró de dar vueltas a la relación que podrían tener Bastien y Madeleine. El proceder de ella, la había dejado desconcertada. Así solo se comporta una mujer enamorada que intuye un peligro acechando a su pareja, pensaba. ¿Enamorada o celosa? No sabía muy bien qué creer. A no ser que el interés de ella fuera otro. Se quedó pensativa sobre esto. En un par de días tendría que aclararlo todo con su nuevo compañero. No quería que nada interfiriera en su

misión, aunque, la verdad, a él parecía que lo había importunado, también, la irrupción de Madeleine.

Apuraba el whisky y el último cigarrillo del día, cuando dos toques sonaron en la puerta y un sobre se deslizó por debajo de esta. Se asustó; tenía que haber aceptado el curso de manejo de pistola que le había propuesto Samuel. Se levantó, cogió el sobre, lo abrió y lo leyó un par de veces. Debía avisar, urgentemente, a Bastien.

Faltaban dos días para que partiesen hacia Marsella, la primera escala en su camino rumbo a España. Tatiana había localizado a Bastien dejando una nota en el café de Charlot, como él le había indicado, y esa misma tarde se vieron dando un paseo por los muelles del Sena. Allí le informó de la inminencia de su partida de París. Quería haber hablado de Madeleine con él y aclarar el asunto, pero no se atrevió, quizá era una intromisión excesiva en su vida privada, aunque ellos eran agentes del Servicio Secreto y deberían compartir todas las confidencias que pudieran afectar a la misión. Lo que no sabía era si Madeleine era un obstáculo o no. Estaba hecha un lío y no quería meter la pata e indisponerlo en su contra. Ya no volverían a verse hasta el día señalado.

Cuando Bastien entró en el Foxtrot, el ambiente era más relajado que los días anteriores. Todavía no había empezado a tocar la orquesta: un grupo parisino que imitaba los ritmos americanos. Se vivía una especie de fiebre en la juventud por esa música, como afirmación de un estilo de vida que se había visto segado en la vecina Alemania. Por eso, todas las tardes, las salas de baile de París estaban llenas a rebosar, como si los parisinos quisieran atiborrarse de algo que, intuían, podría faltarles en breve: la libertad, tan querida por los franceses.

Se sentó en una mesa cercana a la pista, como siempre hacía. Solo tenía que esperar a que apareciera Madeleine; estaba seguro de que se encontrarían allí. Era el lugar donde se veían, y esa tarde la deseaba más que nunca. Pidió un Pernod, encendió un cigarrillo y se dejó llevar por la música, que acababa de empezar a sonar, con el ojo puesto en la pista para que no se le escapara cuando llegara. Ya nada le importaba, en dos días desaparecería para siempre de París. Esa noche tenía que ser la noche que llevaba mucho tiempo deseando y reprimiendo. Madeleine le gustaba a rabiar y sentía una pena profunda por no haber podido tener una relación con ella más normal, como la que dos jóvenes que se gustan suelen tener, no frenada por las exigencias de su papel como espía durmiente en el dique seco de París. Tampoco le cabía la menor duda de que él también le gustaba a ella. Era su última oportunidad y no pensaba desaprovecharla, si es que ella aparecía, porque le resultaba raro no

haberla visto ya. Lo peor era cómo le iba a explicar, después de una soñada noche de amor, que se iba y tardaría en volver. En el fondo le dolía poder romperle el corazón, pero su trabajo mandaba y no podía flaquear ni un instante. Improvisaría sobre la marcha.

Madeleine apareció por detrás y le tapó los ojos con las manos. La reconoció enseguida por el perfume que siempre llevaba puesto, una fragancia que era imposible de olvidar de Lucien Lelong. Él fingió no saber quién era hasta que ella le dio un pellizco en la oreja y Bastien supo que la gran noche acababa de comenzar.

—Tenía muchas ganas de verte —dijo ella sentándose a su lado.

—Me halagas demasiado. —Él se dejaba querer.

—¡Bah! No seas tonto. Después del último día estaba preocupada. —Ponía Madeleine cara de niña pícara triste.

—¿Por qué motivo? —preguntó él alzando la mano para que se acercara el camarero.

—No sé. Esa mujer tan hermosa con la que hablabas el otro día...

—¡No digas bobadas! Ya te dije que era mi prima —Bastién no quería hablar, bajo ningún concepto, de Tatiana, y cambió enseguida la conversación de tercio .

—Pero... —Le tapó la boca con el dedo.

—Hablemos de nosotros —dijo justo cuando llegaba el camarero.

—Tráigame uno como el suyo. —Señaló Madeleine la copa de Bastien.

—Para hablar de nosotros necesito fumar —dijo ella cogiendo el paquete de Gitanes que estaba encima de la mesa. Mientras encendía un cigarrillo, él notó un ligero temblor en su mano, algo inusual, pero no dijo nada.

—¿Qué te parece si te invito a cenar? Así estaremos más relajados.

—Y más cerca e íntimos. —Madeleine había sacado esa noche toda la artillería. ¿Sería una casualidad que ambos hubieran pensado en lo mismo? ¿O es que ella deseaba tanto como él una noche de pasión? Demasiadas preguntas se hacía y quiso borrarlas todas de su cabeza.

Cuando la orquesta elevó el tono de la música, Madeleine lo cogió de la mano y tiró de él hacia la pista; para su sorpresa este no se resistió. Era la primera vez que bailaban juntos y algo se encendió en su interior, como un aviso que la alertaba de que esa noche tenía algo de especial. Estaba dispuesta a beber hasta la última gota

que le pudiera brindar el néctar que se le estaba ofreciendo, y encontrar el momento para conseguir lo que realmente quería. A partir de ese instante mágico, se dejó llevar por un torbellino de sensaciones, sin poner ningún impedimento, hasta donde la noche, que prometía ser larga, o eso creía ella, la llevara. Bastien la lanzaba con una pericia desconocida de un lado a otro de la pista y siempre la recogía, provocándole una sensación de seguridad que le gustaba. No se podía creer que fuera tan buen bailarín.

El metro los llevó hasta el barrio Latino. Se apearon en la estación de Saint Michel y dejando Notre Dame a sus espaldas, se internaron por esas calles sin orden ni concierto, anteriores al París racional y burgués de las grandes avenidas, calles y manzanas trazadas con regla por el barón Haussmann. Se detuvieron en un pequeño restaurante de la calle Saint Severin, donde compartieron una sopa de cebolla, mejillones fritos y pollo al vino. Para finalizar, un maravilloso crepe relleno de nata y decorado con un entramado de hilos de chocolate. Rieron, hablaron y a las diez estaban en el apartamento de Bastien, apoyados en el alfeizar de la ventana, fumando, bebiendo vino y mirando pasar el río hacia su destino en el frío mar del Canal de la Mancha.

Al cabo de un rato, Bastien pudo sentir la suavidad de las caricias de Madeleine, que recorrían, con manos expertas, su cuerpo de la cabeza a los pies. Se dejaba llevar por el placer de una excitación largamente deseada. Desde que la vio por primera vez quiso sentir su cuerpo pegado al suyo, no porque hubiera tenido un flechazo y se hubiese enamorado de ella repentinamente. Lo que sentía por Madeleine era deseo, un deseo carnal que, a veces, lo dejaba embobado mirando cómo bailaba. Por eso nunca salía a la pista con ella; lo que le gustaba era verla moverse como una diosa rebosante de sensualidad.

El deseo de Madeleine era lo que le impelía a ir asiduamente al Foxtrot, aunque solo fuera como espectador, y eso era lo que convertía, casi en un calvario, las ganas de abrazarla y dejarse llevar por los derroteros del sexo. Pero no podía. Se había impuesto una celibato durísimo para no caer en algún error que dejara en evidencia la misión que le habían asignado en París, aunque no supiera, hasta el final, cuál iba a ser. El alejamiento calculado como hombre era una tortura, pero como militar era un ejercicio de autodisciplina.

Además, ella no ayudaba mucho. Por algún motivo que desconocía, desde el principio se había acercado a él sin poner freno a su descaro. Era como si la distancia que Bastien había impuesto fuese motivo para más insinuaciones e intentos de seducción. Dudaba de que estuviera enamorada de él: ese sentimiento tiene su

propio lenguaje de signos y comunicación sensorial, y eso no lo percibía. Igual ella experimentaba hacia él la misma sensación de deseo y carnalidad. Nunca llegaría a saberlo, salvo que actuara con decisión en la única oportunidad que iba a tener. Además, la idea de que sería la única vez que podrían hacerlo, lo excitaba mucho más.

Ese momento llegó en el instante en el que Tatiana le comunicó su inminente partida de París y toda su energía se activó para poder alcanzar la consumación de un deseo que durante meses lo había estado consumiendo. Y ahí estaba, tumbado en la cama, con la oscuridad de una noche sin apenas luna entrando por la ventana y los sonidos de una ciudad siempre viva, acariciando a Madeleine sin pudor. Absorbía cada beso de ella como una libación que encendía más su pasión; cada caricia como una descarga eléctrica que tensaba sus músculos, para dejarse llevar, después, por el enervamiento de todo su cuerpo.

Se dejaba hacer por una mujer que estaba dispuesta esa noche a llegar con él hasta las cimas del éxtasis. Todo encajaba, incluso, cuando él cogió sus nalgas, las acercó hasta el límite de la potencia endurecida de su sexo e iniciaron un viaje que subía y bajaba con la intensidad de una fuerza indómita, hasta casi la violencia física, como si quisieran dar más de lo que podían sus cuerpos, lanzados, sin freno, hasta alcanzar un paroxismo sexual que los dejó agotados.

Tuvieron tiempo de repetir la experiencia un par de veces más, y ya con sus cuerpos exhaustos y sus mentes rebosantes de felicidad, él creyó llegado el momento de decirle que tenía que abandonar París. No sabía muy bien cómo planteárselo sin herirla; esto era lo último que deseaba, y mucho menos, después de haber compartido con ella esa noche inolvidable. Entonces sucedió algo imprevisto. Madeleine se levantó, encendió dos cigarrillos y le ofreció uno. Tumbados en la cama, aspirando el humo del tabaco y la espesura de la noche, abandonados cada uno a sus pensamientos, Madeleine empezó a interrogarle sobre su familia: de dónde era, a qué se dedicaba..., toda una serie de preguntas que lo pusieron en alerta; preguntas que no estaba dispuesto a contestar, ni siquiera a ella, por mucho que ese momento fuera único entre los dos.

Se puso a la defensiva, contestando con evasivas que no parecían engañar a Madeleine. Bastien dio un giro a la conversación y metió por medio la inminente guerra con los alemanes y tener a las tropas de Hitler a las puertas de París. Era curioso, pero el asunto que más preocupaba a los parisinos en los últimos tiempos nunca había sido objeto de conversación entre ellos.

—Me inquieta la situación de guerra a la que nos están llevando los alemanes —dijo esto mirando al techo, dejando bien claro que no pensaba hablar de su vida, lo que molestó, en cierta manera, a Madeleine.

—¿Por qué? —preguntó ella con torpeza, ofuscada porque no había contestado a ninguna de sus preguntas, por lo menos de forma creíble.

—Porque supone una amenaza para Francia y la forma de vida de los franceses y sus valores —dijo él con cierta sorpresa en la voz.

—Yo, realmente, no creo en la política. Creo que es un asunto ajeno a mi vida. —Miraba Madeleine hacia la ventana, tratando de evitar los ojos inquisitivos de él.

—Eso no es bueno en los tiempos que corren, porque todo lo que pueda suceder va a afectar a nuestras vidas, y en este caso, creo, que para mal.

Ahora quien se encontraba atrapada en una conversación que no deseaba tener era ella. Se levantó de la cama y dio varios pasos por la habitación. Bastien notó que estaba nerviosa, algo agitada por la respiración de su pecho, que en esos momentos cubría con la camisa de él.

—Yo creo que la política no es importante en nuestra vida. —Ahora sí le miraba directamente a los ojos—. Da lo mismo quién gobierne, porque nosotros seguiremos igual. En el fondo, todos los políticos son idénticos, solo piensan en su interés. Nosotros somos objetos de usar y tirar cuando les conviene. Sé que es una postura incorrecta con los tiempos que corren, pero ya que me has preguntado, te digo cómo pienso—no le fue fácil decir estas palabras.

A Bastien no le convencían los argumentos de Madeleine, los había escuchado en muchas ocasiones. Esa equidistancia hacia los políticos, metiéndolos a todos en el mismo saco de maldad, no le gustaba. Nunca le había gustado. Sabía que los sectores más reaccionarios de la política se alimentaban de ella, de la desidia que provocaba en gran parte de la población esas ideas. Lo había visto en su país, cuando el supuesto hartazgo político de importantes sectores de la población provocó el ascenso de la Unión Británica de Fascistas, que acabaron ocupando las mentes de aquellos que renegaban de los políticos. Sin embargo, no quería empañar la noche maravillosa que acababan de vivir con esas consideraciones. Se acercó a ella, la abrazó por detrás, y la besó en el cuello consiguiendo que una tensa Madeleine volviera a la cama con él, esta vez para dormir o al menos intentarlo. Las explicaciones de su marcha las dejaría para otro momento. Sin embargo, Madeleine no consiguió relajarse en toda la noche. Había actuado con torpeza y eso la disgustaba.

Unos días después recibió una carta comunicándole su partida urgente por un asunto familiar del que no daba más explicaciones. No decía cuándo iba a volver, pero que en cuanto pudiera le escribiría a la misma dirección del banco en el que trabajaba. Un acceso de rabia hizo que rompiera la carta y la tirara con furia a la papelera. Había sido una imbécil y eso no se lo perdonaba, porque en el fondo había empezado a amar a un hombre que no confiaba en ella.